

Solo quiero dormir.

Dormir tranquilamente es lo único que quiero, pero la mancha en el cielo no me lo permite.

Comenzó hace diez días, una gota cayó y su sonido me despertó del primer sueño que tuve después de ahogar la culpa. Esa noche no volví a escuchar nada, luego, la próxima noche, otra gota cayó.

Esa noche soñé que estaba flotando en alta mar, no veía nada que no fuese agua, cielo o sal. Desnudo y desorientado, miré al cielo. Caía una

gota gigante, de agua pura y tan grande como una montaña. Pero al caer sobre mi, no hizo ningún ruido ni movió el mar. Extrañado, volteé mi cuerpo y, boca abajo, seguí flotando en un mar cada vez más tranquilo. Cuando el mar alcanzó una calma de estanque, ya no pude moverme. Y vi, desde las profundidades del mar, una gota igual que la anterior. No pude distinguir si era un reflejo de la misma gotera del cielo o algo que venía desde el abismo, pero, esta vez, al tocar la frontera del mar, la gota sí movió el

mar e hizo un sonido metálico en un eco tan horriblemente fuerte que un sentimiento de perdición absoluta destruía la paz onírica por completo.

Ahogado, de no poder respirar ni gritar ante la pérdida de mi identidad, desperté. Y una gotera sonó en el suelo. Una pequeña mancha en el cielo era ahora visible.

Empapado en mi propio sudor, desorientado, me acosté en el suelo. Al día siguiente, subí al techo a deshacerme de la mancha que provocó la pesadilla del mar. Pero no había

nada. La mancha no existía por arriba.

La siguiente noche, tuve un sueño parecido. Comenzaba igual, yo, en el mar, desnudo y miserable. Pero ésta vez, la gota que caía era una piedra con forma de gota. Del tamaño de una montaña y de color rojizo. Mientras se acercaba a mí, era menos roja y más plateada. Parecía una mena de hierro en un horno. Cuando cayó sobre mí, yo nada podía hacer, y apenas la montaña tocó mi pecho, un olor a hierro inundó mis sentidos y el sabor horrible del me-

mis propias manos durante diez minutos para robar su vida! ¡El hombre que maté hace diez días!

Sus ojos muertos miraron mi alma y, aún sólido, gritó:

“¡Tuya será mi muerte, pero mía es tu desesperanza!”.

ver la gota, la gota caía al cielo, desde mí.

Para la siguiente gota me moví, y vi la maldita gota roja iniciar desde el suelo y caer al cielo. La realidad se retorció y con mis puños rompí el piso.

Cavé con mis manos y mi boca en desesperación, buscando el origen de tan retorcida aberración de la realidad, que, desafiando las reglas del mundo de la vida, convertía mi mente en un arca estéril.

¡Ahí estaba! ¡El cadáver del hombre al que ahorqué con

tal se hizo insoportable.

Desperté exaltado, y ni el sabor ni el hedor desaparecieron. Escuché otra gota caer, volví la mirada al cielo y la gotera era ahora más grande. Ya no era una mancha negruzca, como de humedad, si no roja.

Mi vida acabó, devorada por la desesperanza, y grité.

La tercera noche fue aún más horrible. Ahora eran solo diez minutos, solo diez minutos podía dormir antes de que esa gotera infernal sonara nuevamente y me despertara. Esa madrugada, sin fuerzas y

con la frustración del insomnio y la culpa, volví a subir al techo, pero seguía sin haber nada. Era solo una delgada mancha en el cielo, mirándome, obligándome a mirarla.

La cuarta noche fue igual, a la segunda gota que me despertó, me fui a dormir a la sala de estar. Ahí dormí diez minutos y, nuevamente, la gotera me despertó. Pero esta vez, la mancha estaba en el cielo de la sala de estar.

Volví a mi habitación y la mancha ya no estaba. Decidí dormir nuevamente, pero solo

y, antes de soñar de nuevo, la ansiedad y el miedo a la gotera me despertaron.

Fui derrotado.

Volví de rodillas a mi habitación, debajo de la mancha. Y mientras la miraba desesperanzado, una gota sonó. Ahora también sonaba mientras estaba despierto, una gota cada diez minutos.

Mucho o nada, tiempo pasó. Yo solo miraba la mancha al cielo, cada diez minutos escuchaba la gotera. Hasta que al fin logré verla. La gota caía desde mí. Diez minutos más y volví a

gos.

Ocho días sin dormir, ocho días de sueños terribles, ahogando el sufrimiento de la pesadilla de la ahora incluso extrañada vida.

Perdida la percepción del tiempo, fui a mi jardín con la misma pala vieja, y cavé en el mismo lugar donde lo había enterrado. Cavé más profundo y por más tiempo que la vez anterior, pero no estaba. ¡¿Dónde estás?! Le grité al hoyo. Pero tal corto abismo no me respondió.

Me desmayé nuevamente por usar tan patética fuerza

diez minutos duró mi sueño y la maldita gotera me despertó otra vez.

Cuatro días sin dormir y una capa de miseria habían rodeado mi espíritu. La quinta noche enloquecí al primer sonido de la gotera, y con un martillo, destruí el cielo raso donde estaba la mancha. Pero en los pedazos rotos de yeso y madera, no había rastro de negro ni rojo alguno.

Caí rendido y volví a dormir. Solo diez minutos, y la gotera sonó aún más fuerte que antes, la mancha estaba sobre

mí. De forma burlesca, miraba mi alma y mis pecados.

Del cansancio, caí al sueño. Tuve el sueño más horroroso que he tenido en mi vida, fue incluso peor que la vida misma.

Estaba yo, en la tierra, acostado y a medio enterrar, cuando una mano sujetó mi cuello. Intenté gritar, pero en mi boca no había aliento. La desesperación se apoderó de mí, y cuando intenté volver a gritar, se escuchó un grito de llanto y de muerte. No era mi voz, no salía de mi garganta, pero usa-

ba el aire de mis pulmones para rugir y hacer temblar la paz onírica. No tenía aire, y aún así, el grito constante se escuchaba cada vez más cerca de mis oídos. Y cuando el grito cambió a un chillido animalesco, presentí que la voz iba a decirme algo, pero el sonido de la gotera me despertó nuevamente.

Furioso, grité al cielo y a la tierra por perdón.

Desesperado, gemí a la realidad y a la onírica por piedad.

Desesperanzado, lloré.

Nadie escuchó mis rue-